

HISPANIA

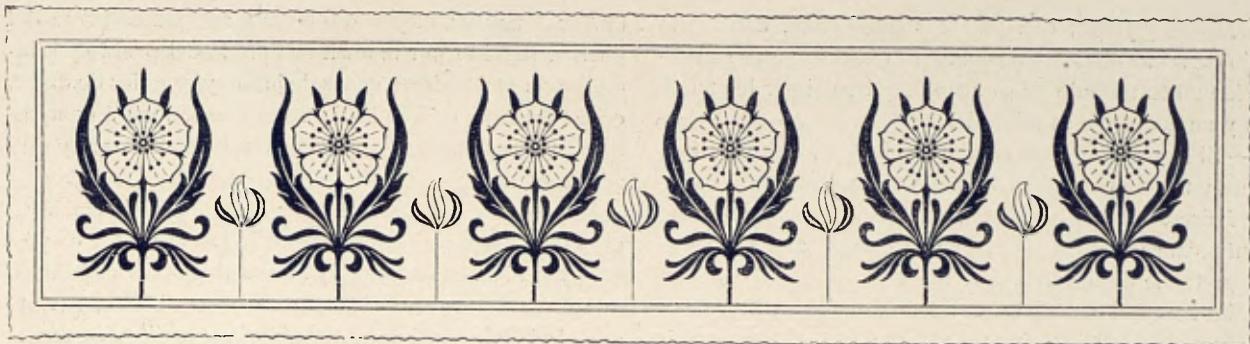


SUMARIO

Portada (en colores).—Caricatura.—Un episodio de la guerra de Africa, por D. Eduardo de Oliver Copons; ilustraciones de R. Navarro.—Dos avechuchos, poesía por Juan Tomás Salvany, ilustrada por Triadó.—Ejercicios de caballería, dos fotografías de Audouard.—De luengas tierras, por Manuel Lassala, con cuatro ilustraciones.—Casa Consistorial de Bilbao.—Rejuvenezcámonos, por Canilo Millán.—Croquis, por F. Domingo.—Universidad de Deusto en Bilbao.—Final de un idilio, por Erasmo; ilustraciones de V. Ubeda.—Puente de Vizcaya en Bilbao.—Los Nibelungos. (Conclusión). Por esos teatros, por Un espectador.—La monjita.—Sección de Ajedrez.



—Cuán bueno sois de dejarme aprovechar vuestro paraguas



Un episodio de la Guerra de África

EN el pintoresco pueblecillo de X..., que el mar lame con sus tranquilas olas, y sombrea á lo lejos el legendario *Tibidabo*, vivía María, hermosa payesa cuyo corazón pertenecía á Jorge desde el día en que éste, trémulo y azorado, más que con los labios con los ojos, de los que brotaba todo un poema de amor, la confesó su ardiente cariño.

Finalizaba el año 1859, de tan glorioso recuerdo para España en lo sucesivo.

La guerra de Africa, campaña penosa, pero esmaltada de heróicos hechos, caminaba á su desenlace, y las nuevas que de allende el Estrecho se recibían patentizaban el valor de nuestros soldados y los incesantes triunfos que iban obteniendo sobre las fanáticas hordas musulmanas, que, olvidando enseñanzas de la historia, habían tenido el atrevimiento de ultrajar nuestro pabellón.

Todos los españoles, lo mismo los que ocupaban lugar preferente en la sociedad, como los desheredados de la fortuna, en completa unidad de pensamiento y de acción, se sintieron heridos en lo más profundo de su alma, respondiendo con noble altivez al insulto, decididos á no dejarle sin castigo.

De todos los rincones de la Península partía un eco ensordecedor, clamando venganza contra nuestros tradicionales enemigos.

Donde mayor exaltación produjo la campaña del 59, fué seguramente en Cataluña. Sus nobles hijos, recordando la expedición famosa de sus antepa-

sados al extremo Oriente, tan magistralmente descrita por Moncada, sentíanse electrizados por una lucha en la que hallábanse enfrente dos razas y dos civilizaciones tan distintas.

A este movimiento patriótico de los catalanes respondió el Gobierno expidiendo una Real orden en 24 de Diciembre de aquel año, para la rápida organización de un núcleo de fuerzas que debía titularse: *Voluntarios de Cataluña*.

Al tenerse de ella conocimiento en el antiguo Principado, acudieron sus naturales al alistamiento, en tan gran número, que no hubo otra dificultad para nutrir los cuadros que el tener que rechazar á los sobrantes y escoger los de mejores condiciones.

En X... causó la noticia tanta alegría en los hombres, como espanto en las mujeres; decimos mal, que al fin, enardecidas por el animoso esfuerzo de las prendas queridas de su alma, acallaron su dolor para no sentir más que el de la patria; con una sola excepción... María. ¿Qué sabía la pobre niña de patriotismo, deberes y gloria...? Sólo veía que Jorge, el elegido de su corazón, se marchaba, envolviéndose en oscuros crespones su existencia, y llenándola de vagos pero fúnebres presentimientos.

La víspera de la partida reunieron los dos enamorados para darse el último adiós, al pie de una humilde cruz de piedra, que en apartada encrucijada elevaba la fe de sus mayores.

Quejas, protestas y juramentos, mezcláronse á los sollozos



de María, y Jorge, con palabras dulcísimas, con cierto dejo de remordimiento y amargura que á su pesar se trasladan en lo trémulo de su acento, quiso calmar los temores y angustias de su adorada.

—Si la suerte no me abandona, le dijo, volveré triunfante y tan enamorado como me alejo, confiando te hallaré firme en tus promesas, cual esas rocas que desde aquí alcanza nuestra vista, que en vano el mar al azotarlás pretende desunirlas.

Si á los ocho días de haber desembarcado en Barcelona el cuerpo expedicionario, no vengo á estrecharte en mis brazos, ruega por mi alma al Dios de las misericordias... mi cuerpo habrá quedado envuelto en las ardientes arenas africanas, en aquellas apartadas comarcas adonde voy lleno de ilusiones.

Mañana marcho á Barcelona, pues pasado es el embarque; ve á despedirme: así al zarpar la nave lo último que contemplarán mis ojos será tu adorado semblante.

Y ahora separémonos, que la noche empieza á cubrirnos con sus sombras y la niebla fría que el aire va arremolinando pudiera serte dañosa.

María, que había escuchado las últimas palabras de su amante sin desplegar los labios, ensimismada en su profunda aflicción, con ademán rápido y febril, arrancó el blanco pañuelo que rodeaba su cuello y, rasgándolo en dos pedazos, dió uno á Jorge como expresión de que su pecho quedaba desgarrado con la ausencia.

Los vagos murmullos del campo parecieron acallarse, como respetando la tristeza de aquella despedida, y en medio del silencio se percibieron los apagados ecos de las pisadas de Jorge y María que se alejaban en distintas direcciones.

* * *

Dos días después, 26 de Enero de 1860, el puerto de la capital de Cataluña presentaba un aspecto de extraordinaria animación.

A las nueve de la mañana hallábanse en él las autoridades, presididas por el obispo é inmensa multitud de todas las clases sociales, pues según frases de un testigo presencial «Barcelona y sus alrededores se habían despedido para ir á despedir á los expedicionarios.»

El vapor *San Francisco de Borja* se balanceaba orgullosamente, deseoso de soltar sus amarras llevando á bordo tantos valerosos hijos de España.

La despedida fué imponente y conmovedora. En las vergas de los empavesados buques veíanse los marineros agitando con frenesí sus gorras y atronando con sus vítores el espacio, mientras que en las murallas, balcones y terrados, apiñada muchedumbre hacía coro, poseída de verdadero delirio, al ver partir á aquellos que en la flor de su juventud iban á ofrecer á la madre patria el tributo de su sangre generosa, confortados con la bendición que en nombre del Dios de los ejércitos acababa de otorgarles el sucesor de los Olegarios y Severos.

* * *

A las cuatro de la tarde levó anclas con rumbo á Tarifa

el *San Francisco*, alejándose lenta y majestuosamente del puerto, seguido por la ansiosa mirada del pueblo y saludado con atronadores gritos de júbilo y gemidos de dolor, como presagio de que los laureles que se iban á conquistar, gloriosos para unos, para otros serían fúnebres y sangrientos.

El sol comenzaba á ocultarse; la silueta de la embarcación iba desapareciendo entre las vagas tintas del crepúsculo y las brumas marinas, y aún se distinguía el pañuelo que Jorge movía convulsivamente, como blanca gaviota que al abandonar el cariñoso nido bate con pesar sus alas como diciendo... ¡hasta luego!

La gente se fué retirando torturada por la idea de que muchos de los que se ausentaban no volverían á contemplar las hermosas costas de España. Al bullicio anterior sucedió una quietud sepulcral, y la abandonada María, sentada en un extremo del muelle, continuaba fijando sus escaldados ojos en un punto del lejano horizonte por donde habíase disipado la nave en que marchaban todas sus ilusiones. Sólo al cerrar completamente la noche se arrancó á tan melancólica contemplación, dejando correr libremente sus lágrimas sin temor á la indiscreta curiosidad de los indiferentes.

* * *

Han pasado algunos días. El vapor *Piles* ancló en la bahía de Tetuán el 3 de Febrero, desembarcando los intrépidos catalanes, con tal oportunidad, que al día siguiente pudieron tomar parte, bien brillante por cierto, en la gloriosísima batalla de Tetuán, la cual vino á reverdecer los agostados laureles de Alarcos y las Navas, de Túnez y Lepanto.

Una carta llevó á X... con la noticia del venturoso hecho de armas, el recuerdo de Jorge, y al recibirla María fué á exhalar bajo las bóvedas del templo los ecos de su gratitud y á pedir á la Madre purísima del Redentor velase por una vida que le era tan querida y le devolviése, más que victorioso, constante y fiel, al que había visto partir con honda pesadumbre.

Seguidas las operaciones y emprendida la marcha para Tanger, se encontró el 23 de Marzo detenido nuestro ejército por el marroquí, que, posesionado de los montes que cercaban la formidable posición de Wad-Ras, se proponía hacer un esfuerzo para impedir la toma de la ciudad sagrada.

A las cuatro de la mañana se disparó el primer tiro en las avanzadas, y á las nueve ya se había generalizado el fuego por todas partes.

Los moros que como enjambres surgían de las desigualdades del terreno, validos de la defensa natural de los ríos Jelú y Buceja, hacían gran estrago en las filas cristianas, principalmente en el batallón de voluntarios catalanes, que si bien falto de sus primeros jefes don Victoriano Sagrañes y don Mariano Moxó, muertos en las acciones anteriores, peleaba con heroico encarnizamiento rayano en lo temerario, ocupando siempre los puntos de más peligro.

A las tres de la tarde aun nuestras tropas, sostenidas

por un milagro de resistencia, seguían batiendo al enemigo que empezaba á flaquear, y se retiraban á tomar nuevas posiciones en las alturas que defendían el camino del Fondack.

Todo el esfuerzo de los fanáticos islamitas fué inútil, y nuestros soldados los arrollaron por completo quedando dueños del valle, donde acamparon para hallar con la noche algun descanso. A sus primeras sombras mezcláronse los últimos tiros de aquel combate de gigantes, el más empeñado de la campaña, según opinión de O' Donnell, y de más fructíferos resultados.

Al desaparecer el sol, que para tantos había lucido por última vez, cubrióse el cielo de estrellas, y la luna, con su fosforescente resplandor, vino á alumbrar tanta destrucción, arrancando miriadas de chispas de las armas y los



cascos como trémulos fuegos fatuos de inmenso cementerio.

De vez en cuando veíase cruzar un grupo silencioso y fantástico, al cual el astro nocturno daba los borrosos contornos de mal dibujadas figuras. Eran los médicos de las ambulancias que iban recogiendo á los heridos para prestarles sus humanitarios servicios, y los sacerdotes que aplicaban á aquellos para quienes la ciencia era ya inútil, el bálsamo consolador de la religión.

Por uno de los más apartados lugares del campo de batalla, apareció la esbelta silueta de una hermana de la Caridad, que se destacaba plácida y tranquila sobre aquel panorama fúnebre y que con el oído atento y mirada escudriñadora caminaba en busca de algun infeliz que se hubiera escapado á los cuidados de los médicos y sacerdotes.

Al pasar por cerca de un arroyo cuyos bordes festoneaban las malezas, creyó percibir débil gemido, y rápida

como el pensamiento se abalanzó á un grupo informe de sangrientos despojos de españoles y musulmanes, y con sus delicadas manos, y sin el espanto natural en alma no tan bien templada, buscó al desgraciado, que no privado aun de vida había estado expuesto á perecer sin socorro.

Con gran trabajo consiguió incorporarle apoyando su cabeza en su falda. El aire fresco de la noche y algunas gotas de generoso licor reanimaron al herido, que era un voluntario catalán, y al abrir sus párpados envió á la santa mujer una mirada triste y cariñosa.

Comprendiendo la religiosa por el estertor que empezaba á hervir en el pecho del soldado, que la muerte no tardaría en presentarse, pudiendo cuando más detenerla algunos minutos, quiso aprovecharlos para salvar aquella alma, dirigiendo sus pensamientos á Dios y á las misteriosas é inexploradas regiones de la eternidad.

Al empezar á hablar la hermana, gruesas lágrimas resbalaron por las pálidas mejillas del moribundo, lo que, dando algún alivio á su oprimido pecho, permitió pudiera barbotar trabajosamente estas palabras.

—No creí que la muerte pudiera aterrarme... ¡ah...! sí me espanta... sólo por verme separado de la que amo... ¡pobre María...! tú esperas que vuelva feliz á tu lado, y muero entregándote á eterna desesperación.—Y mientras esto decía estrechaba en sus manos y besaba con frenesí el ensangrentado jirón de un pañuelo.

Un golpe de tos seca y cavernosa cortó la palabra á Jorge, pues él era, y la hermana, aprovechando su forzado silencio, quiso apartarle de aquellas ideas profanas, diciéndole:

—Aun vuestro fin puede ser apacible; el resto de vida que os queda empleadlo en elevaros hacia *Aquel* que al morir por nosotros, miserables pecadores, nos preparó una existencia inacabable de goces, tras esta transitoria y caduca.

Dios no ha querido que realizáseis vuestros sueños de gloria y felicidad... Respetad sus altos juicios, y ya que habéis dado al cuerpo percedero y á la humana fragilidad su tributo, recordando el pasado, olvidad ahora lo que fugazmente pasa; desligáos de la tierra y orad.

Quizás un ser querido esté rogando por vos al Supremo Hacedor; estas plegarias unidas harán descender sobre vuestras almas la bendición divina, y purificadas irán á reunirse allá, donde toda felicidad tiene su asiento, toda ansia su hartura, toda esperanza su realización.

Al mismo tiempo puso ante los ojos del moribundo el crucifijo de su rosario, y á sus palabras de consuelo mezcló las sublimes oraciones de la Iglesia Católica.

Escena de sublime melancolía imposible de describir. De un lado un alma próxima á dejar el cuerpo que la albergó durante su mortal peregrinación, de otro la caridad tratando de salvarla.

Al exhalar Jorge el último aliento, la hija de San Vicente arrancó de sus manos el pañuelo y colocó cuidadosamente la cabeza en el suelo, alejándose triste y conmovida para continuar su piadosa tarea, en la que no quería darse tregua ni descanso mientras hubiera alguno necesitado de su auxilio.

Allí quedó el cuerpo del valiente voluntario solo y abandonado para recibir al siguiente día cristiana sepultura, revuelto con tantos otros, sin nombre, sin historia, sin ninguna señal que recuerde á los supervivientes el sitio en que reposan.

Su espíritu en cambio, santificado por el sacrificio hecho en aras de la patria, regenerado por la religión, cuyos sentidos acentos había evocado la persuasiva voz de la caridad, seguramente volaría al seno del Padre de las Misericordias, ante el cual ningún mérito queda sin premio, ninguna acción buena oculta y desconocida.

* * *

Han pasado dos meses de este acontecimiento.

En uno de los hospitales de Barcelona admira á todos por sus virtudes una bellísima y modesta joven que, llena de abnegación, se consagra al servicio de los enfermos.

De ella sabíase únicamente que se llamaba María y que estaba haciendo pruebas para á su tiempo tomar plaza entre las insignes hijas de San Vicente de Paul.

Los desvalidos la apellidaban su *Angel* y en efecto, parecía uno de esos espíritus puros y desinteresados que de vez en cuando Dios envía á la tierra á prestar sus consuelos, cuando ve que se derraman muchas lágrimas ó que furiosa se agita la tea de la discordia.

Un día dejó de acudir á su puesto de honor y de peligro, y los enfermos supieron consternados que había partido á Madrid á tomar el hábito, única aspiración de su alma.

* * *

A fines del otoño de 1860, cuando la naturaleza se despojaba de sus galas para soportar el blanco y helado

manto del invierno, con la esperanza de renacer á nueva vida, aquella privilegiada criatura, *el Angel* de los hospitales barceloneses, se despojó de los atavíos de la juventud y de la vanidad para cubrirse con la immaculada y humilde toca, símbolo de candor y sacrificio.

Verificada la sencilla ceremonia con que se efectúa en el noviciado de las hijas de la Caridad la admisión de éstas, la nueva hermana pasó á la celda en que durante seis meses había de fortificarse en la oración y adiestrarse en la virtud, para después salir á esparcir por la sociedad el perfume de sus buenas obras.

Acompañábala únicamente la maestra de novicias, religiosa de tan excepcionales condiciones, que era el orgullo de la orden. Llamábase Sor L... y había venido recientemente de Africa en cuya guerra realizó prodigios de heroísmo.

Al abrazar á su nueva discípula y darla los primeros consejos, sacó ésta un trozo de pañuelo, y alargándosele dijo: Os ruego, querida Madre destruyáis este recuerdo que tantas veces he empapada con mi llanto y es el único que me liga al mundo que tan contenta abandono, pues vais á ser mi guía en el espinoso sendero que emprendo: que vuestra propia mano sea la que reciba este mi primer sacrificio.

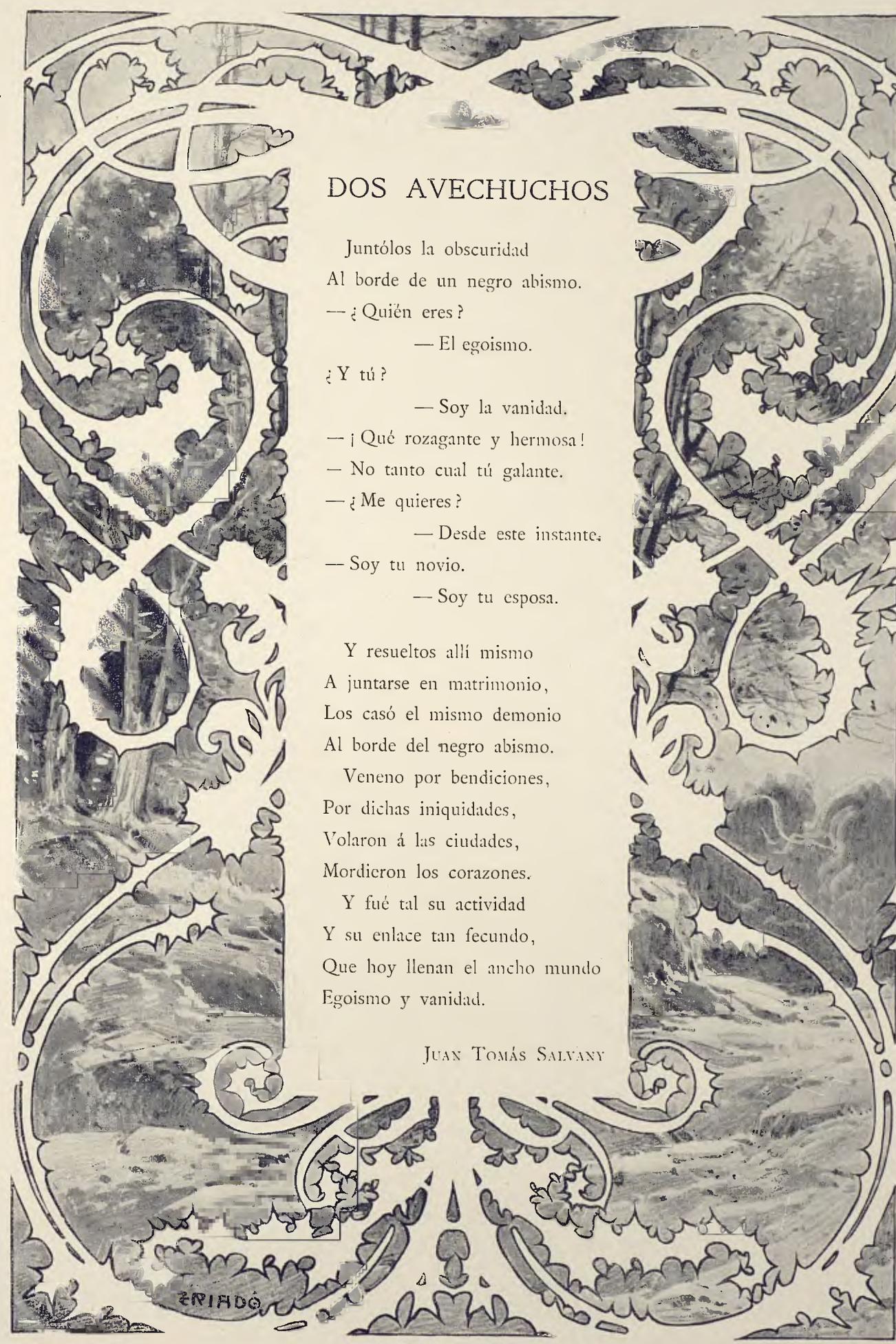
Sor L... cogió aquel mutilado resto, y al fijarse en él, un rayo de luz brotó vivamente en su imaginación, uniendo y relacionando entre sí hechos y pensamientos distantes.

La Providencia la había puesto en presencia de los dos protagonistas de un mismo drama.

EDUARDO DE OLIVER COPONS

Ilustraciones de R. NAVARRO



A decorative border surrounds the text, featuring intricate floral and landscape motifs. The design includes stylized leaves, vines, and circular vignettes containing scenes of nature, such as trees and a landscape with a path. The overall style is reminiscent of early 20th-century book design.

DOS AVECHUCHOS

Juntólos la obscuridad
Al borde de un negro abismo.

— ¿Quién eres?

— El egoísmo.

¿Y tú?

— Soy la vanidad.

— ¡Qué rozagante y hermosa!

— No tanto cual tú galante.

— ¿Me quieres?

— Desde este instante.

— Soy tu novio.

— Soy tu esposa.

Y resueltos allí mismo
A juntarse en matrimonio,
Los casó el mismo demonio
Al borde del negro abismo.

Veneno por bendiciones,
Por dichas iniquidades,
Volaron á las ciudades,
Mordieron los corazones.

Y fué tal su actividad
Y su enlace tan fecundo,
Que hoy llenan el ancho mundo
Egoísmo y vanidad.

JUAN TOMÁS SALVANY



Unidad

EJERCICIOS DE CABALLERÍA

EN MARCHA



EJERCICIOS DE CABALLERÍA

ESCUADRON FORMADO

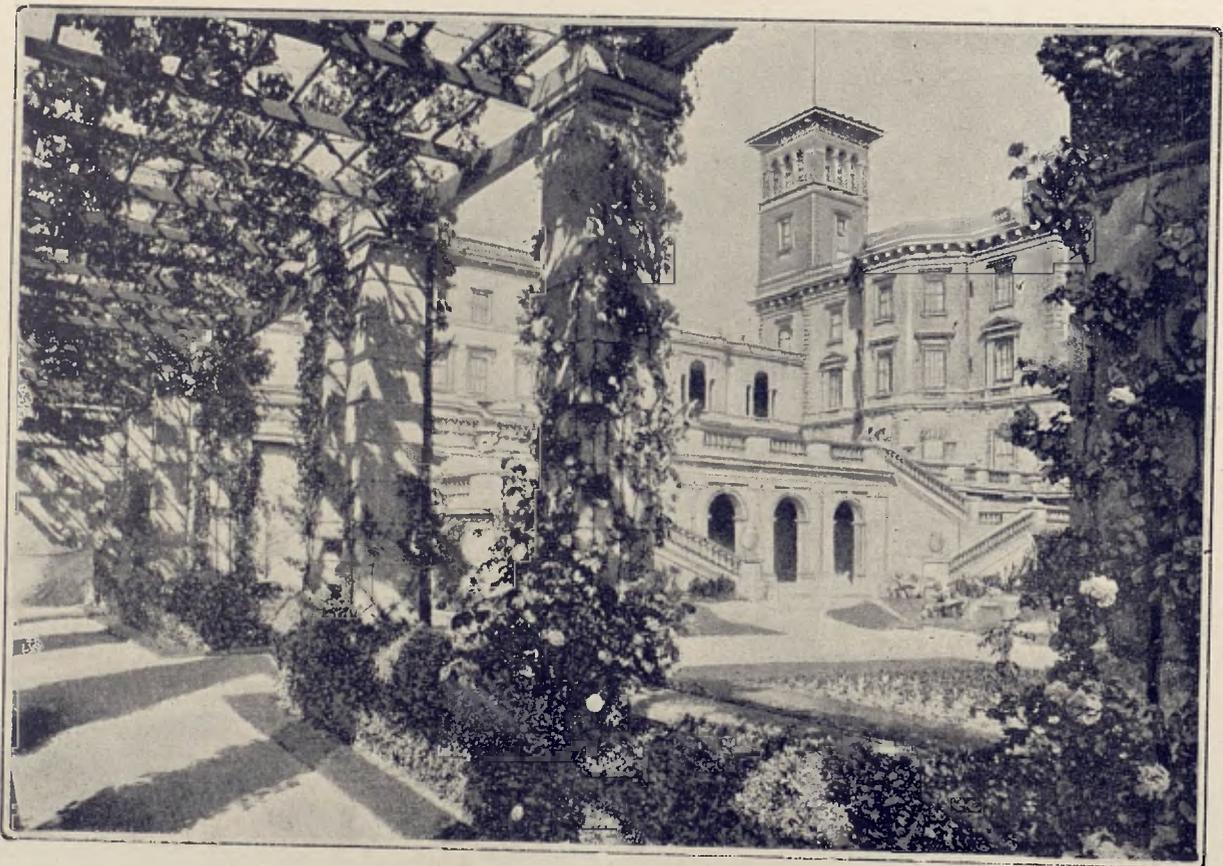
DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

ME escribe un amigo londinense que está contentísimo, y no es en concreto porque Eduardo VII se haya ceñido la corona, aunque él se precia de monárquico y *lealista*, como por allá se dice. Mi amigo describe su situación en términos pintorescos y vengo á barruntar que estaba ya harto de la coronación y de la corona. Londres acaba de pasar una tediosa congestión de sangre azul con su calentura y todo. Y cuando la fiebre ardía y el entusiasmo se hacía crónico y las festividades necesitaban con urgencia un punto final, vino el aplazamiento y los temores y se puso á prueba el buen temple de los cerebros ingleses. Parece que son muchos los que milagrosamente y por un negro de uña se han salvado de la enagenación mental. Aquí en España

nos podemos hacer cargo de la situación recordando nuestra epilepsia patriótica con motivo del submarino Peral. Ya descansan en Londres, los pobrecillos: ya se ha concluido la *corona*, la pintada, la de bulto, la oral y la escrita: ya no sale al destapar la sopera, ya no se cierne en el aire ni flota en las aguas del Támesis; ya se puede poner el pie donde acomode sin temor de pisarla.

Como recuerdo de tan grandiosa solemnidad, el Rey ha regalado á la nación su palacio de Osborne, en la isla de Wight. Este espléndido Real Sitio se destina á servir de retiro á los oficiales del Ejército y de la Armada, albergue análogo al que encuentran en los Inválidos los veteranos franceses. Hay en este donativo una nota de ternura que no ha dejado de

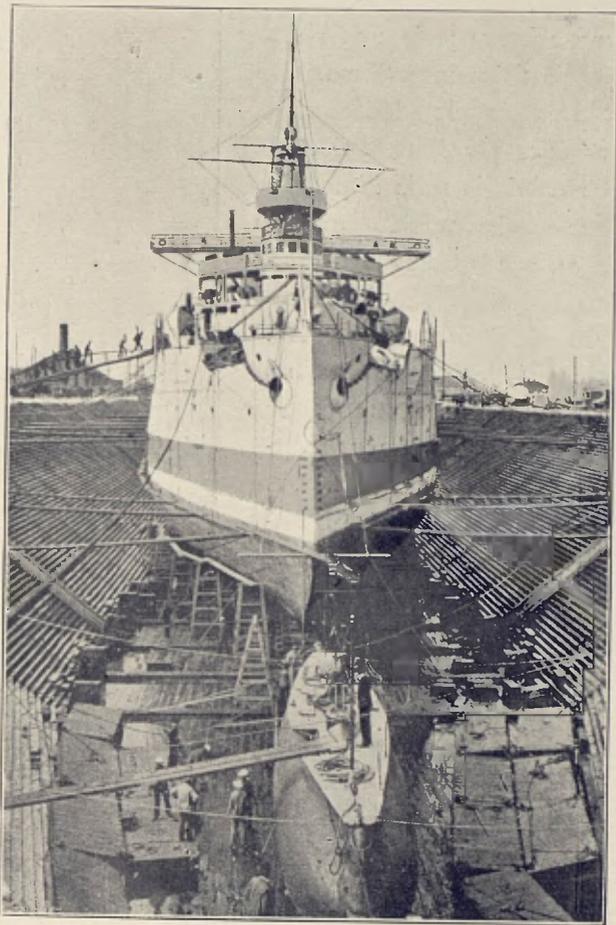


Osborne House, en la isla de Wight

impresionar á los corazones británicos, porque Osborne House ha sido durante cerca de sesenta años la morada predilecta de la reina Victoria y está enlazado en la memoria del Rey con toda suerte de recuerdos venerandos. El clima templado de la isla de Wight permite en aquellos extensos jardines una vegetación lozana, variadísima y un lujo y regalo que no se conocen en Inglaterra: el de tener parras.

Son terribles los climas septentrionales: á lo mejor se queda uno sin primavera ó sin verano: lo que no falta ningún año es el invierno. En el actual han sobreenvenido fríos y lluvias en Julio y la siega del trigo se ha retrasado más de un mes. Consuélanse ellos diciendo que no por eso dejará de ser excelente la mies y abundante el grano. Falta les hace, porque la escasez de cereales es pesadilla constante de los cavilosos del Reino Unido y tópicos favoritos de los economistas que padecen de murria. Como aquí hay en los pesimistas la aprensión de que se nos reparten tranquilamente el mejor día, como se reparten las cartas de una baraja, en Inglaterra los literatos y sabios que no tienen el hígado limpio profetizan la muerte en masa de la nación, que perecerá el mejor día de pura hambre, si los plutócratas americanos que acaparan el grano se ponen una sola vez de acuerdo. Puede colegirse el gozo con que se habrá oído en la Cámara de los Lores al Conde Onslow. Este señor que parece muy bien enterado, asegura que el Canadá Occidental producirá dentro de pocos años trigo suficiente para quitar á los ingleses toda aprensión respecto á este particular. A medida que la tierra canadiense se pone en cultivo desarrolla una fertilidad pasmosa y de los Estados Unidos acude la gente en tropel á explotar las tierras nuevas que el Gobierno reparte. En 1897 se establecieron en el Canadá nueve mil familias americanas, pero sólo en la primera mitad de 1902 ya se han establecido veinticuatro mil.

Puede, pues, dormir tranquilo John Bull: nada tiene que temer de los americanos ni de nadie. Ríase de los alarmistas que cuando no saben que desgracia nueva augurar, predicen la destrucción de las escuadras por los modernos submarinos. Un señor Fyfe, que es especialista en la materia, acaba de publicar un libro muy nutrido de datos, y por él se viene en conocimiento de que la navegación submarina está muy lejos de hallarse resuelta y de que, de todos modos, los submarinos no podrían combatirse con otros submarinos. La principal dificultad consiste en que á pocos pies por debajo de las olas reina una obscuridad impenetrable.



El buque ruso « Retvisan », de 12. 700 toneladas, y el submarino « Holland », de 75 toneladas.

Los peligros de esa navegación antinatural y misteriosa no se pueden concebir sin espanto: por ruda é imponente que sea una travesía *supramarina*, cuenta á lo menos el nauta con luz y con oxígeno. De esto puede dar fe un hombre de actualidad, Holbein.

Desde que el desdichado Capitan Webb cruzó á nado el Canal de la Mancha, ningún intento serio se ha hecho para *batir el record*, como ahora se dice en una algarabía mal sonante que no es francés, inglés ni castellano. Holbein antes de repetir la hazaña ha querido hacer un experimento previo, yendo á nado desde Dove á Ramsgate, que distan veinte millas en línea recta, pero encontró el tiempo tan malo y la marea tan fuerte que no pudo llegar á Ramsgate, aunque solo le faltaban cuatro millas. Sin amilanarse por este contratiempo, Holbein se negó á salir del agua y regresó á nado hasta Deal para completar una distancia igual á la menor que separa las costas de Inglaterra y las de Francia. Es creencia general que con tiempo favorable hubiera hecho el viaje en poco más de seis horas, dos menos que las que empleó el capitán Webb, pues está dotado de una espléndida

musculatura y de una resistencia física maravillosa.

Dejando la locomoción acuática por la terrestre, he de referir la mala impresión que me ha causado la adopción, por la Compañía General de Londres, de los ómnibus eléctricos de Fischer. No, dígame lo que se quiera, no son bonitos: son una mezcla de coche fúnebre y coche celular, sin el adorno del tiro. A mi me resulta por una friolera, pero cuando las barbas de tu vecino veas pelar... Y no me hacen gracia los automóviles. Creo que a muchos les pasa lo mismo, pero no se atreven a confesarlo por no ser cursis. Lo que si he reparado es que el hombre que guía un automóvil tiene una cara de expresión enteramente nueva. No es la gallardía del jinete, ni la entusiasta animación del que guía un tronco de potros, ni el ahinco pla-



MR. MONTAGUE HOLBEIN

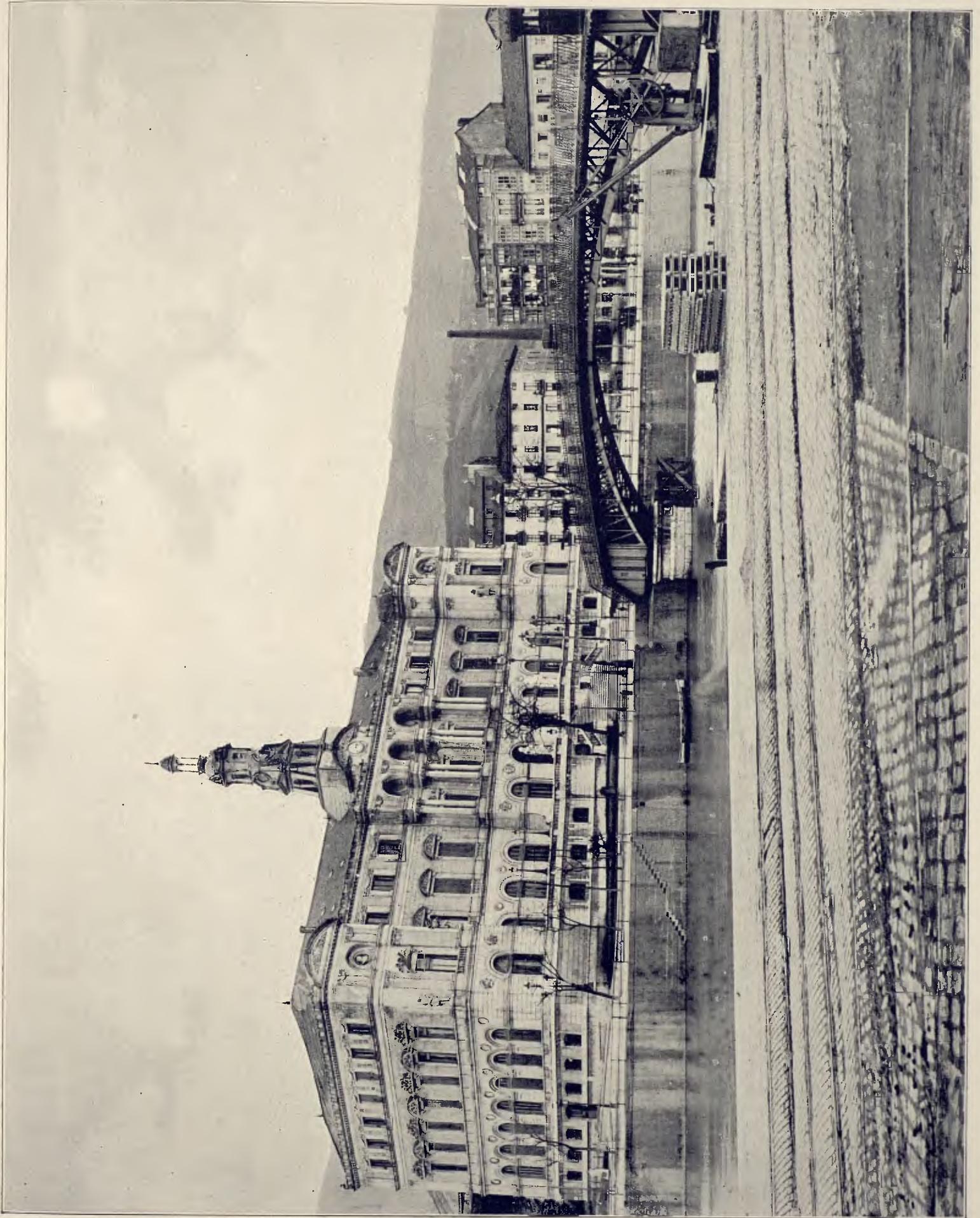
centero del pedalista devoto, ni la fría serenidad del maquinista. Cogido al volante como un náufrago que se agarra a una tabla, el hombre se ve abrumado de urgentes posibilidades: la explosión, el vuelco, el desboque, el atropello... pero él dice que se divierte mucho. Realmente, en la cara lo lleva escrito.

Esta es por lo menos *mi* impresión actual. Pero se ven milagros, y es presumible que si a mí me cayeran (es una hipótesis), de alguna parte donde los hubiese, los pocos francos necesarios para comprarme un chisme de esa índole, me caería al propio tiempo el deseo de experimentarlo por mi propio. Ahora no me los puedo tragar, esos endiablados automóviles.

Es lo mismo que si un calvo
Se encuentra en la calle un peine.



El ómnibus eléctrico de Fischer



CASA CONSISTORIAL DE BILBAO

San Miguel, fot. Bilbao

Rejuvenezcámonos

RÓME de Salomón y de sus pildoras, del poeta Zorrilla y de todos los específicos inventados en el transcurso de los siglos por farmacéuticos y charlatanes.

El celeberrimo aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial que hizo brotar el pelo de la palma de la mano y que le salieran bigotes á una mesa de pórvido, no merece la pena de compararse con el invento último, con el postrer descubrimiento hecho en favor de la humanidad.

Bien hice al asegurar el otro día que todo pasaba á nuestra vista, en esta época de electricismo, con vertiginosa rapidez, y que bastaba el transcurso de tres ó cuatro semanas para que resultasen viejas hasta las ideas.

La trasfusión de la sangre, sistema novísimo, relativamente, y remedio el más heroico para vigorizar la naturaleza, es justo que pase ya á la categoría de lo ineficaz é innecesario.

Con tal procedimiento, es indudable que se recuperan fuerzas y se modifican instintos: siempre he creído en la virtud de los ingertos, y ¿cómo no había de tener fe en la del ingerto de la cabra, ó de cualquiera otro animal, en el hombre?

Pero sobre ser algo peligroso el procedimiento, puesto que basta la introducción de una pequeña burbuja de aire para que se produzca la muerte, todo se reduce á regenerar un poco la decaída naturaleza, y nada más.

Ahora se trata, no de regenerarla, sino de rejuvenecerla, y lo que es más notable aún, de atajar en ella los destrozos de cualquiera enfermedad antes de su período algido, en su período algido, ó después de su período algido, que es como si digéramos: antes del parto, en el parto, y después del parto.

Un doctor, cuyo nombre no recuerdo ni me quiero tomar el trabajo de buscar, pero que debe de ser el *non plus* de la ciencia médica, acaba de descubrir la manera de prolongar indefinidamente la vida del hombre, y la de la mujer, seguramente.

El tratamiento consta de dos partes, á saber: primera; la carambanización: segunda; la carena. Lo primero que el tal doctor hace es meter al paciente en una cámara frigorífica y tenerlo en ella hasta que se convierte en carámbano, y luego se entretiene en recomponerle los nervios, mudarle los músculos, cambiarle las vísceras, reconstituirle la sangre, devolver á la sinobia su gelatinización primitiva, y calafatear, por último, la envoltura, para que el contenido, al licuarse de nuevo, no se rezuma más ni menos de lo que corresponde á una naturaleza de veinte años.

No importa que la operación sea larga, ni que sufra interrupciones, ni que se dilate años por cualquier contingencia: el estado de carámbano es un paréntesis en la vida y no determina solución de continuidad en ella, así es, que lo mismo da que dicho período sea largo ó que sea corto.

Cuando el doctor juzga terminada su obra de reconstrucción, y quiere, empieza á retirar hielo para que el termómetro suba gradual y lentamente, y entonces es de ver como el que en sus manos se entregó agonizante ó

decrépito, sale de ellas convertido en apuesto mancebo lleno de salud y de vida y en disposición de correrla nuevamente por esos mundos de Dios.

Este procedimiento lleva sobre el de la trasfusión de la sangre, á más de otras ventajas, la de no cambiar el carácter, las ideas ni el instinto de las personas y la de no correr éstas, por lo tanto, el riesgo de imitar á *Zapaquilda*, quien, á pesar de su traje de boda y de su *toilette* espléndida, saltó como una simple gata tras del primer ratón que se ofreció á su vista. Con el congelamiento y el calafateo está uno seguro de no ladrar al primer amigo que encuentre, al darle los buenos días; de no relinchar al ver en paseo á una dama, y de no pegarle una topada al asiduo concurrente á nuestra tertulia, al estrecharle la mano.

El congelamiento es también garantía de la paz y de la felicidad domésticas. Que tiene una precisión de hacer un viaje; nada de centinelas de vista que pueden quedarse ciegos; nada de encierros que se pueden escalar; nada de candados cuyos remaches pueden limarse: á la cámara frigorífica á hacer un paréntesis en la vida, y si el caso lo demanda, una carenita para que nuestra deteriorada mitad quede como cuando vino á nosotros por virtud de la epístola de San Pablo.

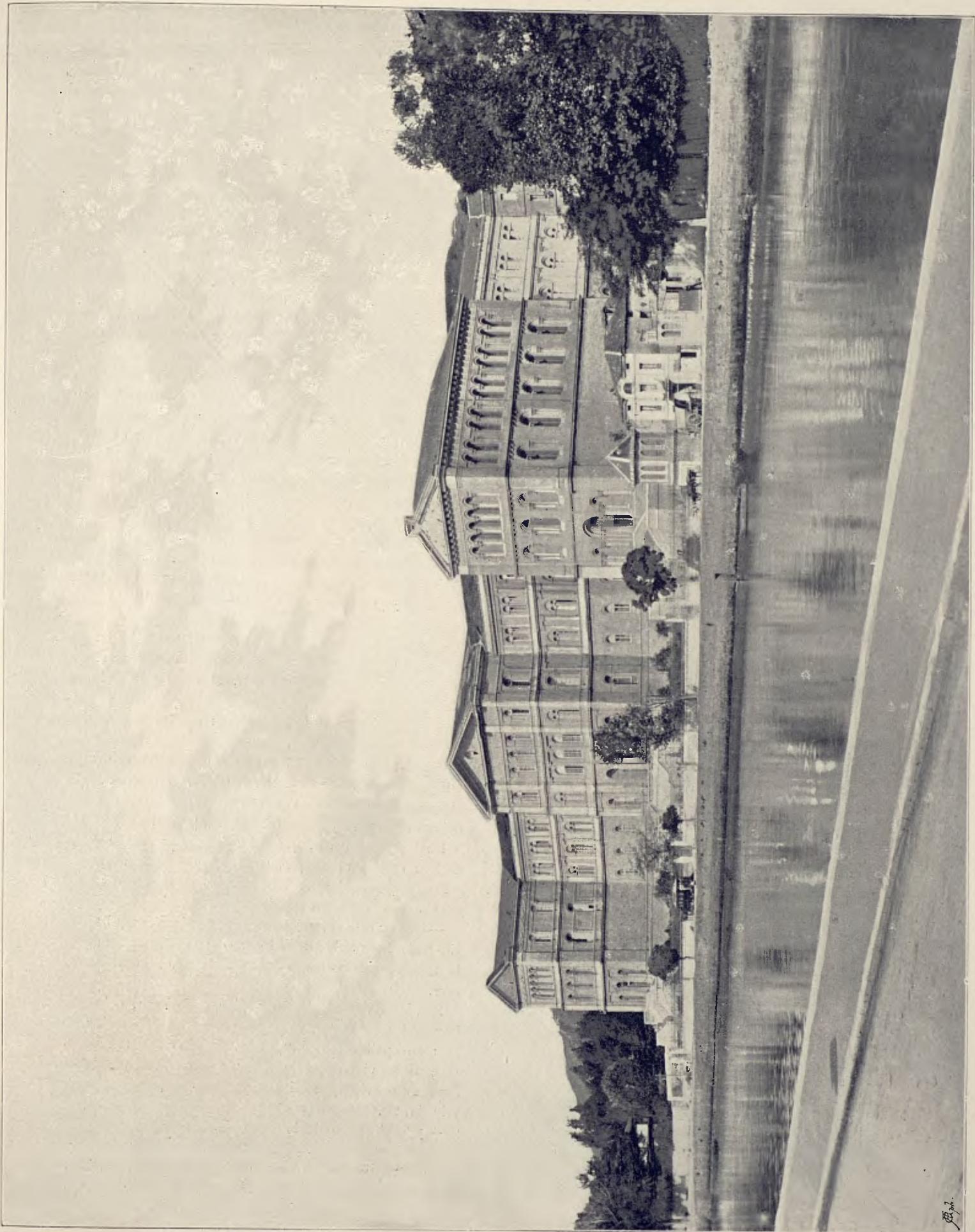
¿No les parece á ustedes, caros lectores, que ha llegado ya la hora de aprovechar los rápidos progresos de la ciencia médica y que debemos rejuvenecernos y calafatearnos de lo lindo?

CAMILO MILLÁN



CROQUIS

F. DOMINGO



UNIVERSIDAD DE DEUSTO EN BILBAO

San Miguel, fot. Bilbao

FINAL DE UN IDILIO

CUANDO aquella noche Lulú, acabado el espectáculo, pasó al restaurant, una turba de viejos engomados y mozalbetes anémicos se agolpó en el pasillo para comérsela con los ojos.

La verdad es que la chica tenía gracia y salero por arrobos. Había que verla en los *couplets* de la *Gata* hacer mil contorsiones y monerías, y amenazar con sus uñitas de rosa á la encendida concurrencia. Aquel día, último de su contrata, varias veces prorrogada para atender á los entusiasmos de sus admiradores, agotó su variadísimo repertorio de gestos picarescos y mohines, y supo tan bien *subrayar* las frases de efecto, que el *Saloncillo Arabe* se venía abajo á fuerza de vitores y aplausos.

El viejo gordo, el de la cuarta butaca de la segunda fila, no dejó un minuto descansar á sus gemelos; el pintorcillo modernista, el niño mimado de Lulú, el de lasias y largas guedejas, arrojó al escenario un voluminoso ramillete, y el redactor de *La Auréola* la prometió la más dulce y empalagosa de sus crónicas.

Como todas las noches, el atlético y corpulento ban-

quero gallego estuvo solo en su palco de la derecha, absorto, inmóvil, contemplándola en extática y muda adoración. Lulú, que era poco asequible á estos cultos platónicos, no se ocupaba de él, ni poco ni mucho, y aunque su amiga Berta, le dijo varias veces: «Ese te pone coche» maldito si se acordaba del banquero cuando el camarero le puso delante la media docena de ostras con que principiaba todas sus comidas. Aun no había llevado á sus labios la copa de Sauternes con que rociaba habitualmente el exquisito molusco, cuando entró muy colorada y risueña la florista del saloncillo, mujer madura, y asegurada de ataques amorosos, pero servicial é insinuante, factor y cómplice indispensable en toda aventura galante que tuviese por marco la cargada atmósfera del saloncillo.

—Tengo una cosa para usted, señorita Lulú,—dijo sentándose con su habitual franqueza.

—¿Para mí?

—Vaya. Tenía que suceder.

—Hija, explícate: estás muy misteriosa.

—Pues que el *buey* me ha dado una carta para usted.. y dos duros para mí. ¡Vaya un tío con dinero!

—Pero, ¿qué *buey* es ese?

—¡Que! ¿No sabe usted? Pues aquí todos le llaman *eso*. Como tiene aquel cogote y aquellas manazas... El señor del palco de la derecha, el banquero gallego, ¡Pelayo!

—¡Ah, sí! Pues es una sorpresa: creí que los gordos no se enamoraban nunca.

—Sí, fíese usted. Ese las mata callando. Tome usted, y déjese querer. Me voy: tengo todavía esta noche que buscar á la corredora á ver si deja dos pulseras á *esa* que debuta mañana... Ya me dirá usted..., ¡adiós!

Lulú leyó la carta, que era una hoja arrancada de la cartera escrita con lápiz, y en la que decía á secas: «Tengo que hablarla. Mañana á las doce estaré en su casa».

—Bueno; este animalote me cree ya plaza conquistada. En mala hora te has metido entre mis uñas, ahora que hasta dos meses no tengo contrata alguna. Yo te domaré, *buey*.

El pintorcillo entró con su pipa en la boca, echando bocanadas de humo, y escupiendo á diestro y siniestro. Su rostro palidísimo, sin un contraste de color, tomaba á veces tintes violáceos, como los de un cadáver, y toda su faz era absorbida por sus dos ojazos negros, acariciadores y brillantes.

—¿Qué haces, chica?

—Ya lo ves: cenar. ¿Quieres algo?

—No me hables de comer. Tomaré una copita. Nos iremos pronto; hace mucho frío.



—A ver, lee eso—y Lulú le puso en las manos la nota del banquero.

—¿Cartitas?...

—¿Qué te parece?

—Que nos viene á pedir de boca. Los dibujos para *El Lirio* me los han devuelto esta mañana... ya ves. Por supuesto, tu cariño solo para mí, y los cuartos del *buey*...

—Para los dos. ¡Como te conozco! Sí hijo, sí; quiero que puedas acabar tu paisaje para la Exposición, y que vayas el verano á las aguas y que...

—¡Qué buena es mi Lulú! Pero todavía no sabemos para qué te querrá. Porque si se trata solo de un capricho... ¿No notas que hace mucho frío? Ea, vámonos: ya hablaremos mañana.

Y tiritando como un galguillo inglés salió del brazo de Lulú, desapareciendo completamente bajo su largo gabán que le llegaba hasta los pies.

El *buey* supo hacer las cosas como quien era: un millonario de buen gusto. En el hotel de Lulú nada faltaba: todo era riquísimo y selecto. Su guardarropa estaba atestado, y tenía cuenta abierta con el joyero. Sus antiguas amigas la miraban con envidia y rabia, y cuando en el paseo pasaba como una centella su coquetona berlina, más de una mano enguantada y diminuta trazaba un signo en el aire que no se sabía si era un saludo ó una maldición.

El banquero había puesto pocas condiciones, casi ninguna.

—Yo sé—le dijo moviendo con calma su cara congestionada—que no te inspiro amor, ni quizás tu fueras capaz de sentirlo; pero sí quiero que seas agradecida, y esa gratitud la demuestrés en tu *fidelidad*. Esto quiere decir que tus conocidos están desterrados de esta casa, y mientras aquí estés de tu imaginación y afecto... Yo no sé hacer, ni tengo afición, al oficio de carcelero; puedes salir y entrar cuando quieras, y gastar cuanto te acomode: no te vigilaré, puedes estar segura. Pero si la casualidad pone un día en mis manos la prueba de tu delito, entonces... Y al llegar aquí la faz del *buey* se puso roja como las brasas, y sus dedos vellosos oprimían con furia los brazos del sillón.

Lulú tembló á pesar suyo, y tentada estuvo de mandarle á paseo; pero su pintorcillo la tranquilizó, diciendo: «Cuando te tome cariño pasará por todo. Déjale hablar».

Pero Lulú no era feliz con los esplendores de Pelayo. Le faltaban las emociones de su vida bohemia, las alegres cenas del restaurant del saloncillo; la perenne compañía de su pintor, cada día más pálido, más fumador, más friolero.

Recordaba con triste nostalgia las noches de invierno de su cuarto piso en que ella estaba sentada en la butaca, y el pintorcillo postrado á sus pies, casi encima del fuego de la alegre chimenea, mientras ella pasaba y repasaba sus finos dedos entre las enmarañadas vedijas del modernista.

Verdad es que le quedaba el consuelo de sus interminables cartas con él; y ahora que le tenía lejos su afecto tomaba proporciones gigantescas, y en aquella conversa-



ción epistolar diaria sostenida entre los dos, solo flotaba un deseo vivísimo, devorador: volver á vivir juntos.

Lulú atendía con esplendor, con prodigalidad verdadera, á todas las necesidades de su amante; y aquel ser de naturaleza exquisita y delicada por una parte y grosera é inmoral por otra, gastaba el dinero de Pelayo con tranquilidad suma sin conocer toda la sublime extensión del sacrificio del alma realizado por Lulú. Porque Lulú, que entró en el hotel de Pelayo por cálculo é interés, continuaba allí ahora solo por sostener la vida de aquella raquílica flor de su artista que necesitaba regalo y comodidades que no bastaban á cubrir los exiguos sueldos de un café cantante. Porque si ella tuviera dinero... ¡oh, entonces saldría de aquella casa maldita que nada decía á su corazón, y volaría al lado de su pintor, de aquella queridísima *piltrafa*, como le llamaba despreciativamente el banquero! Todas las tardes en el paseo su coche marchaba al paso al llegar á determinado sitio, y al lado, con el aire indiferente de un paseante cualquiera, caminaba el pintor con sus largos cabellos despeinados, su pipa en la boca, sembrando esputos por todas partes, y lanzando miradas ardientes y tristísimas, como flor mustia que bebe con ansia los rayos luminosos de un sol tónico.

Lulú bajaba á veces de su carruaje y se internaba entre los árboles y senderos del parque, tímida y nerviosa y allí cambiaba con su *piltrafa* frases cortas, apasionadas, vehementes, en las que se escapaban girones de su alma, gritos de su cariño ardiente, ansias infinitas de su corazón

enamorado, y el artista tembloroso, trémulo por la emoción, clavaba en ella sus dos ojos negrísimos con arrobación extática, mirándola como angel benéfico portador del consuelo y la calma.

Lulú vaciaba su cartera en las manos del artista, frías y sudosas, y escapaba aterrada creyendo ver por todas partes la grosera silueta del banquero que repetía sin cesar: «Fidelidad, nada más que fidelidad».

Porque aquel hombre sensual, aquel montón de carne maciza y músculos de acero no tomaba ni quería de Lulú sino la pasividad estúpida de la materia en la que el cariño no tiene participación alguna; y Lulú en sus brazos, como la gacela bajo las garras del león, volaba siempre en alas de su pensamiento hacia su pintor, hacia su artista, cuyo espíritu apenas era aprisionado por las débiles paredes de su raquítico cuerpecillo.

—¡Oh! Bien hicieron en apellidar *buey* al banquero gallego, los concurrentes al Saloncillo Arabe; buey era, sí; decía Lulú, buey lleno de innobles apetitos, que compraba sin tasa orgasmos de placer para su carnaza; mientras su pintor, ser privilegiado, *flor* exótica en la tierra, sólo vivía para sus doradas ilusiones, su amor idolátrico hacia ella, sin materialismos acres, sin cieno ni hedores... Cuando mi pobrecito recobre la salud te dejaré,—pensaba Lulú—y con mis ahorros yo le procuraré una existencia feliz y tranquila á costa de tu oro, del premio que me das por mirarte...

La *flor* delicada vivirá dentro de la estufa fabricada á costa del *buey*.

Un día Lulú tuvo un capricho imperioso, avasallador. En el paseo habló con su pintor. Pelayo se había marchado aquella mañana á visitar unas minas, cuya adquisición le proponían; era la primera vez que se veía libre



por algún tiempo de su odiosa presencia.—Quiero que vengas: tenerte á mi lado una noche entera ¡qué felicidad! Él no sabrá nada: enviaré la doncella al teatro. ¿Vendrás?... ¡Ay, si! Necesito que me infundas fuerza para continuar esta horrible vida; verte mucho tiempo, hablarte largo rato, acariciar tu pelo como en nuestras antiguas veladas, ¿te acuerdas?... Muy cerquita de la chimenea, juntos, muy juntos... Y mañana te vas al balneario: en casa te daré el dinero... ¡A las diez! No faltes... te espero...

—Va á ser de día muy pronto, vete. En el primer tren te marchas á los baños y estate todo el tiempo que necesites. Ten cuidado, no hagas ruido. La puerta de la escalera está entornada: la dejé yo después que la chica volvió del teatro. Tapa bien el balcón con la cortina, voy á dormir para seguir soñando contigo. Fijate bien, atraviesas el salón, y al salir á la derecha allí está el recibidor y la salida á la escalera. Con esta llave abres la de la calle, y guárdala... para otra vez. Abrígate bien, adiós, vida mía. Toma esta cartera. Y en la caldeada atmósfera de la elegante alcoba de Lulú repercutió un ósculo prolongado, vibrante, tiernísimo...

El pintor salió de puntillas, y Lulú se acomodó en su lecho alegre y satisfecha. De pronto creyó percibir un gemido muy débil, y un golpe sordo como la caída de un cuerpo; se incorporó asustada y acudió. No se oía nada.

—Ha debido tropezar con alguna silla. ¡Pobrecillo! Es tan aturdido... Si; ahora han cerrado la puerta de la calle: ya está en salvo. ¡Gracias á Dios!...

Bien avanzada la mañana la puerta del dormitorio de Lulú se abrió con violencia, y la doncella pálida y desencajada, pudiendo apenas hablar, decía asustadísima:

—¡Ay, señorita! ¡Qué horror! Levántese... allí á la puerta del salón... mire... venga por Dios... ¡Qué desgracia!...

Lulú saltó del lecho llena de pánico y salió al salón.

En la puerta que daba acceso al recibidor yacía sin sentido, muerto, el pobre pintorcillo. En su mano crispada llevaba todavía la elegante cartera de Lulú que le entregara al salir, y encima de su rostro, violáceo y exangüe, sobre el que se extendían sus enmarañadas guedejas, semejando un Cristo yacente, había una hoja de papel escrita con lápiz, una hoja de cartera igual á la que recibió ella en el restaurant la noche que terminó su contrata.

Lulú, sintiéndose morir, leyó con estupor inmenso: «Ahi te dejo esa *piltrafa* como recuerdo de tu fidelidad... Puedes seguir en casa: yo estaré mucho tiempo ausente».

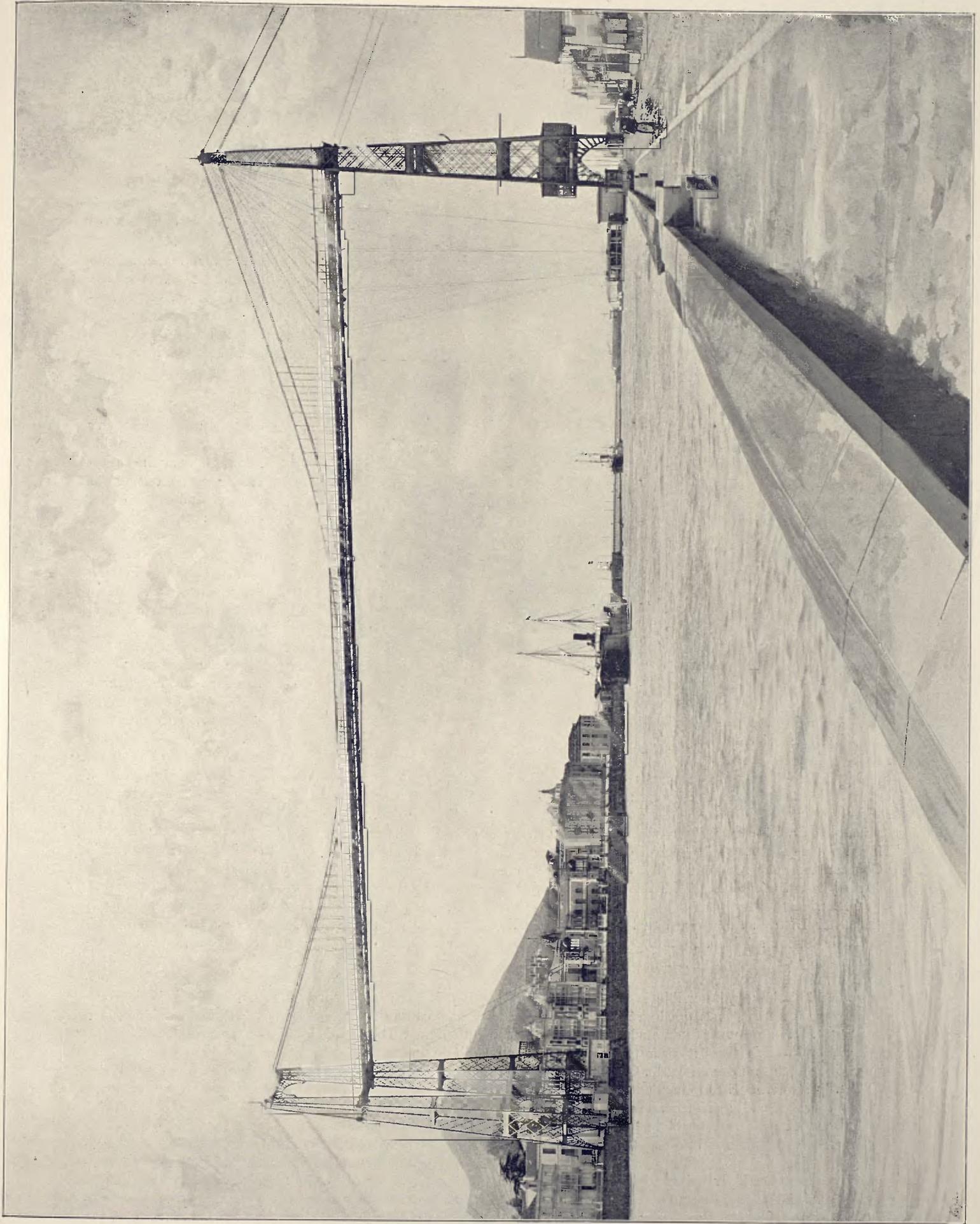
Lulú no pudo resistir más y cayó desvanecida al lado de su pintorcillo...

En el cuello de éste se veían las huellas de unos dedos de hierro...

¡El buey se había comido la flor!...

ERASMO

Ilustraciones de V. UBEDA



San Miguel fot. - Bilbao

EL PUENTE DE VIZCAYA EN BILBAO

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

El maestre Hildebrando, le respondió: «¿Por qué me insultáis? ¿Quién permaneció sentado en Wasgensteine, sobre su escudo, mientras Walter de España le mataba muchos de sus parientes? Hay mucho que decir acerca de vos.»

El noble Dietrich, dijo: «¿Cuando se ha visto á los héroes cambiar palabras como á las viejas? Os prohibo, maestre Hildebrando, que habléis más. Gran dolor me aflige fuera de mi patria.»

«Déjame oír, amigo Hagen», añadió Dietrich, «lo que decíais entre vosotros, guerreros valerosos, cuando me habéis visto venir armado. Decíais que ambos lucharíais conmigo en un combate.»

«Nadie os lo negará», contestó Hagen el esforzado, «quiero sostener el combate con fuertes golpes á menos que no me falte la espada del Nibelungo; indignado me tiene que me hayáis solicitado como prisionero.»

Cuando Dietrich conoció la horrible disposición en que Hagen se encontraba, el buen guerrero abrazó el escudo. ¡Con cuánta rapidéz bajó Hagen los escalones á su encuentro! La buena espada del Nibelungo, cayó con fuerza sobre Dietrich.

El señor Dietrich sabía que aquel hombre esforzado estaba de humor sombrío. El noble héroe de Berna se defendió bien de los golpes que le asestaba. Conocía bien á Hagen, al soberbio héroe.

Temía á la Balmung, la terrible espada, pero Dietrich esgrimió tan certeros golpes, que logró vencer á Hagen en el combate. Le infirió una herida ancha y profunda.

El noble Dietrich pensó: «Mirate en peligro; poco honroso sería para mí darte muerte. Quiero ver si te cojo y te llevo prisionero.» Esto lo hizo con mucho cuidado.

Dejó caer el escudo; su fuerza era grande y cogió en sus brazos á Hagen: de este modo pudo domeñar á tan fortísimo hombre. Gunter el noble, al ver aquello, rompió á llorar.

Dietrich amarró á Hagen, llevándolo hacia Crimilda en cuyas manos dejó al más fuerte guerrero que había ceñido



espada. Después de tan grandes dolores, ella se sintió alegre.

De alegría se inclinó ante el héroe, la esposa del rey Etzel. «Sed siempre dichoso de cuerpo y alma; tú me has dado consuelo en mi desgracia, te estaré agradecida hasta la muerte.»

El noble Dietrich, le contestó: «Es menester conservar la vida, noble reina, tal vez con sus servicios llegue á compensar todo el daño que os ha causado: es menester que no sufra porque os lo entrego amarrado.»

Hizo llevar á Hagen á un calabozo, donde nadie podía verlo: Gunter, el noble rey, comenzó á gritar: «¿A dónde ha ido el héroe de Berna? Él me ha causado gran pena.»

Fué á donde él estaba el señor Dietrich de Berna. La fuerza de Gunter era grande y digna de un

caballero; sin esperar más tiempo se precipitó fuera de la sala. Al chocar sus dos espadas se escuchó gran ruido.

Aunque desde hacía mucho se tenía en gran estima el valor de Dietrich, Gunter estaba tan animado por la cólera en el combate, sentía tanto odio en el corazón hacia el guerrero, que fué una maravilla que el señor Dietrich se escapara.

Bravos y fuertes eran los dos; á sus golpes retemblaron el palacio y las torres y los cascos se bollaban con las espadas. El señor Gunter tenía, en verdad, un ánimo esforzado.

Sin embargo, el de Berna lo venció como había vencido á Hagen: se vió correr la sangre por debajo de la coraza á causa de un fuerte tajo dado con la acerada espada que llevaba Dietrich. El señor Gunter, se había defendido allí de una manera caballeresca.

El rey fué amarrado por Dietrich de un modo tal, que nunca un príncipe sufrió nudo semejante. Pensaba temeroso que si dejaba libre á Gunter y á su vasallo, matarían á cuantos encontraran.

Dietrich de Berna lo cogió de la mano y lo llevó á donde Crimilda estaba. La reina se hallaba de un humor sombrío y exclamó: «Rey Gunter, sed muy bien venido.»

Él le contestó: «Os doy las gracias, muy querida her-

mana mía, si ese saludo me lo dirigís con buena fe. Sé, reina, que tenéis tan sangrientos designios, que á Hagen y á mí no podéis hacer sino irónicos saludos.»

El héroe de Berna dijo: «Reina elevada, nunca han sido hechos cautivos mejores guerreros que los que ahora os entrego, noble señora. Creo que por afección á mí, seréis buena con los extranjeros.»

Ella respondió: «que lo sería.» El señor Dietrich se alejó de los fuertes guerreros con las lágrimas en los ojos. La esposa de Etzel se vengó horriblemente; quitó á los buenos guerreros la vida.

Para atormentarlos los encerró separados, y en la vida no se volvieron á ver los héroes, sino cuando ella llevó á Hagen la cabeza de su hermano. La venganza de Crimilda fué terrible.

La reina fué á donde Hagen estaba, y dijo al guerrero con colérico acento: «Si me devolvéis lo que me habéis robado, os dejaré ir con vida al país de Borgoña.»

El terrible Hagen le respondió: «Tu ruego es perdido, muy noble reina. He jurado no decir donde se encuentra el tesoro, por larga que sea mi vida, en tanto que viva uno de mis señores.»

«Iré hasta el fin», dijo la noble reina, y mandó que cortaran la cabeza á su hermano. Cortáronsele y trajéronla de los cabellos á donde estaba el héroe de Troneja. Aquello fué para él terrible dolor.

Cuando el valiente vió la cabeza de su señor, dijo á Crimilda: «Has llegado hasta el fin, como era tu voluntad, y ha sucedido todo lo que yo había pensado.»

«Ahora ya está muerto el noble rey de Borgoña, Geiselher el joven y también el señor Gernot. Nadie sabe donde está el tesoro sino Dios

y yo: tú, mujer de los demonios, lo ignorarás siempre.»

Ella le dijo: «Mal has reparado el mal que me has hecho, pero quiero conservar al menos la espada de Sigfrido. Mi amado la llevaba la última vez que lo ví, y su muerte me ha hecho sufrir más que mis otros males.»

Ella se la sacó de la vaina sin que pudiera evitarlo. Quería quitar la vida al guerrero y esgrimiéndola con ambas manos le cercenó la cabeza. Esto lo vió el rey Etzel y sufrió un gran pesar.

«¡Oh!» exclamó el rey, «¡cómo ha sido asesinado por manos de una mujer, el más valeroso héroe que se lanzó en los combates y embrazó escudo! Por enemigo suyo que fuera, lo siento mucho.»

El maestre Hildebrando dijo: «No gozará del placer de haberlo matado, y aunque él me tuvo en grandísimo peligro, quiero vengar la muerte del héroe de Troneja.»

Colérico Hildebrando, saltó hacia Crimilda y descargó sobre la reina un fuerte tajo con la espada. Terrible fué para ella la cólera del guerrero; ¿de qué podían servirle sus desgarradores gritos?

Por todas partes se veían cadáveres, y allí estaba

también la reina en dos pedazos. Dietrich y Etzel comenzaron á llorar; lamentaban la pérdida de sus parientes y guerreros.

Allí yacían muertos los valerosos héroes; la gente estaba afligida y pesarosa. La fiesta del rey acabó de una triste manera, pues muchas veces el amor termina con desgracia.

No puedo deciros lo que sucedió después, sino que cristianos y paganos lloraron, y que estaban en la mayor aflicción caballeros, mujeres y muchas hermosas vírgenes.



Aquí tiene fin la narración de *La Desgracia de los Nibelungos*

POR ESOS TEATROS

Próxima apertura de temporada en Romea, el Principal, Novedades y Eldorado.
— La Vitaliani en el Granvía. — Representaciones en el teatro de las Artes. —
Circo ecuestre en el Tivoli. — Los demás teatros.

Con motivo de la proximidad de las fiestas de la Merced, se ha iniciado en nuestros teatros una actividad desacostumbrada, que contrasta notablemente con la escasez de espectáculos que se notaba en las quincenas anteriores.

En Eldorado se anuncia la temporada de invierno, durante la cual trabajará en aquel escenario la consabida compañía de *género chico*, que será dirigida este año por el actor Sr. Gil. El Principal y Romea anuncian también su apertura para el día 20 del actual. La compañía que actuará en el primero será la de doña María A. Tubau y la que tendrá á su cargo las



LA MONJITA

representaciones del segundo, la misma de los demás años, con ligeras modificaciones en el personal de segunda y tercera fila. Lo cual vale tanto como decir que los aficionados al teatro catalán podremos saborear durante la próxima temporada el arte exquisito de la eminente actriz de carácter señora Monner y de los actores señores Soler, Borrás (Enrique), Capdevila, Goula, etcétera.

El debut de la compañía catalana se anuncia con el drama póstumo de Federico Soler «El comte l'Arnau» y el estreno del cuadro de costumbres montañesas original del distinguido escritor don Antonio Bori y Fontestá «La Gallarda del Roser.»

Los acontecimientos de la quincena han sido algunos, pero de escasa importancia, esceptuando el debut en el teatro Granvía de la eminente actriz Italia Vitaliani, ya conocida y admirada de la parte de nuestro público que se ocupa y se preocupa en cosas de arte dramático.

Por admirado que sea entre los intelectuales barceloneses el talento de la gran artista, no deja de constituir su presentación una novedad, ya que, en vista de la acogida fría hasta cierto punto, que ha merecido en las dos ocasiones que ha estado anteriormente en Barcelona, no era de esperar que volviese á ofrecernos jamás su arte exquisito y refinado, superior al de la mayoría de las actrices y de los actores unanimemente aplaudidos por nuestro público.

Pero la Vitaliani une á sus indiscutibles méritos una singular obstinación, y es casi seguro que no cesará en su empeño de conquistar á todos los barceloneses, hasta que lo haya logrado.

Si conseguirá ó no su objeto, es cosa que no puede afirmarse. Lo que sí puede decirse es que lo merece.

La obra con que efectuó su aparición en el teatro Granvía fué «La Tosca,» de Sardou, en cuya interpretación realizó como siempre verdaderos prodigios, dando á cada frase, á cada movimiento, á cada actitud, la expresión, el relieve, el carácter que requieren las situaciones por que pasa el personaje.

Y lo mismo que de «La Tosca,» puede afirmarse de «Magda,» «Come le foglie» y demás producciones que ha interpretado en las noches sucesivas y en las cuales se ha visto convenientemente secundada por los actores que forman su excelente compañía y entre los cuales figuran la mayoría de los que acompañaban á la eximia actriz en las campañas, tan interesantes como poco afortunadas, del año pasado.

Aun recuerdo las últimas palabras con que se despidió de los admiradores que fuimos á despedirla á bordo, á su partida para Italia.

— Ritorneró... A rivederei, amici!

Y su promesa ya se ha cumplido, y aun más pron-

to de lo que todos esperábamos, pues el intento de la señora Vitaliani era tardar tres ó cuatro años, para que ya nuestro público *la hubiera olvidado*. ¡Como si eso fuera posible!

Como anuncié en mi crónica anterior, se han efectuado durante la quincena en el teatro de las Artes, de la calle de Floridablanca, varias representaciones de obras modernas, organizadas por algunos jóvenes amantes del arte.

Esceptuando la primera, puede afirmarse que las veladas han carecido de importancia.

Y si la primera la tuvo, no fué ciertamente por los méritos intrínsecos de la obra—que los tiene numerosos,—ni por el talento de los actores, que no pasan en general de discretos. La tuvo sencillamente por la significación del drama representado, que fué «*Les mauvais bergers*,» de Mirbeau, vertido al catalán.

Trátase de una obra en que se remueve la cuestión de la lucha de clases. Lo cual quiere decir que hay en ella los consabidos falsos apóstoles que difunden entre las clases proletarias ideas de destrucción y ruina y que las impulsan á rebelarse contra el *yugo de la burguesía*. Con lo dicho y con añadir que el público que asistió á la representación era formado por elementos semejantes á los que figuran en la acción de la obra en clase de desheredados, hay bastante para comprender que el drama excitó el entusiasmo de los espectadores, los cuales, como acontecía con los melodramas del Odeón, tomaban partido por los personajes simpáticos y protestaban ruidosamente contra los *traidores*.

Las obras de Ibsen «*Quan ens despertarem d'entre els morts*» y «*Els pilans de la Societat*» y la de Hervieu «*Las tenazas*,» no tuvieron mejor suerte. Por el contrario, debe rebajarse de la acogida que obtuvieron del público la parte de entusiasmo que excitaron los parlamentos declamatorios de «*Els mals pastors*.»

A pesar de lo cual no puede afirmarse que la campaña emprendida por los organizadores de esas veladas haya sido infructuosa, pues si no ha alcanzado un éxito ruidoso, lo ha obtenido bastante lisongero para que puedan esperarse mejores frutos el día en que se emprendan trabajos serios en el mismo sentido.

Que hay elementos para poderlo hacer, no cabe duda. Lo que conviene es que se cultiven con un estudio perseverante, concienzudo, paciente. Es preciso que la primera materia—que la hay—sea convenientemente trabajada, que los actores no se limiten á *hablar y accionar* el personaje, sino á sentirlo, á sentirlo con fuerza suficiente para identificarse con las ideas que le ha querido prestar el autor, con las afecciones y los odios, las preocupaciones y prejuicios

propios de su temperamento individual y del medio en que se mueve.

Claro que para conseguir ductilidad suficiente para poder interpretar tipos de las más diversas condiciones es preciso poseer una ilustración vasta, no común en nuestros actores. Pero hay que tener en cuenta que, en tanto no se tomen las cosas en serio, no iremos á ninguna parte.

El actor, por lo mismo que se ve obligado muchas veces á encarnar tipos de vasta ilustración y de singular talento, debe estar cuando menos en condiciones de poderlos apreciar y sentir con toda intensidad. Y para ello es preciso poseer también talento é ilustración.

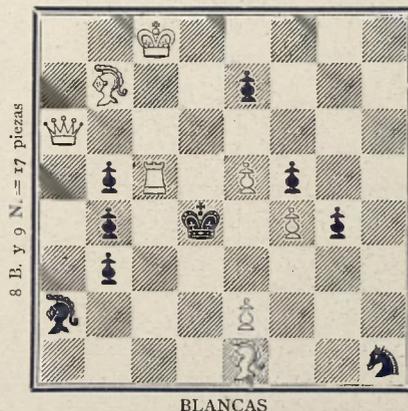
La compañía Alegría, que, como en años anteriores, ha convertido en Circo Ecuestre el teatro del Tívoli, ha hecho durante la quincena las delicias de los aficionados, que han acudido en extraordinario número á admirar los variados ejercicios de acróbatas, gimnastas, artistas ecuestres, ciclistas, etcétera, que, alternando con los clowns, han trabajado en aquella pista.

UN ESPECTADOR

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 54.—K. ERLIN

NEGRAS



BLANCAS

Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 53, POR H. GOTTSCHALL

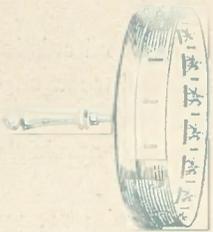
Blancas

Negras

1. A 5 R

1. D toma A jaque

2. C 4 D jaque d. mate.



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.

PRIMERA SERIE



CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Ánade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mixto.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.